

ANDREA J. H.

No vas a darte por vencido,
¿verdad?



éride ediciones

Capítulo 1

Abro los ojos y vuelvo a cerrarlos cuando un fino haz de luz me da de lleno en ellos. Tengo un calor horrible, ¡por no hablar del dolor de cabeza! Me giro, evitando la luz, y choco contra algo en la cama. Me incorporo como un resorte y enfoco la habitación en la que me encuentro. Es una estancia bastante grande que se conecta con lo que parece un vestidor. A mi derecha está el enorme ventanal, con una fina cortina, por el que se filtra la luz y, a los pies de la cama, hay una especie de cómoda moderna con una manta.

Vale, que no cunda el pánico, ¡esta no es mi habitación! Me giro hacia el bulto que descansa a mi lado y lo observo con los ojos bien abiertos. Un hombre, ¡cuánto hace desde la última vez que estuve en la cama con un hombre! Miro bajo las sábanas, llevo ropa. La desilusión crece en mi cabeza mientras lo observo dormir como un angelito. Debo admitir que es bastante atractivo, tiene el pelo claro y una fina capa de barba le acaricia las mejillas y el mentón. Sus labios son bastante apetecibles, el inferior, más grueso que el superior. De repente, se mueve. ¡Ay, joder!, ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!, ni siquiera sé cómo se llama, o mejor dicho, cómo demonios he llegado aquí. ¿Qué pasó anoche, que no me acuerdo de nada?

* * *

12 horas antes...

—¿Aine? —La voz de Dana resuena a través del pasillo de mi pequeño apartamento.

—Estoy acabando de maquillarme en el lavabo —le digo mientras termino de perfilarme el ojo derecho. Me observo en el espejo satisfecha, he conseguido potenciar mis grandes ojos

verdes con ese toque ahumado que tanto me gusta. Sonríe a mi reflejo.

—Wow, qué ojazos. —Sonríe Dana desde la puerta—. Esta noche triunfas.

Daré gracias si consigo pasar la noche tranquilita sin muchos estragos, que hace siglos que no salgo y veremos cómo aguanto el alcohol, porque estoy segura de que con Dana y, sobre todo, con Juliette, va a correr por nuestras venas.

—¿A qué hora llega Juliette? —pregunto a Dana mientras juguetea con mi pequeña gatita Luna y yo busco en el armario algo para ponerme esta noche.

— Me ha escrito hace una media hora diciendo que estaba casi preparada, o sea, que aún tardará como una hora en llegar, conociendo su sentido de la puntualidad... Igualmente, si en media hora no ha llegado, pedimos algo de cenar. Ya sabes que le da igual cualquier cosa siempre que no lleve carne.

Asiento, con la cabeza dentro del armario, mientras cojo mi vestido negro, el que se ajusta estupendamente a mi curvilíneo cuerpo, y saco los zapatos de tacón que me regaló Juls hace un par de Navidades, esos que solo uso cuando me pongo el vestido de arrasar, porque esta noche me siento sexy. Ya va siendo hora de que vuelva a sacar a esa gata salvaje que llevo dentro y que está desaparecida desde hace casi seis meses, cuando el capullo de mi ex me puso los cuernos con su compañera de piso. Y no es que no lo haya superado, que, por supuesto, lo he hecho, pues he tenido esa época de paz y tranquilidad sin hombres que a veces tenemos las mujeres solteras.

—¿Vas buscando guerra? —pregunta Dana cuando ya me he vestido. Le saco la lengua mientras me miro en el espejo—. Porque ya era hora.

—Mira quién habla —contraataco—. La que está buscando a su príncipe azul.

Pone un mohín gracioso y se abraza a Luna, que ronronea de gusto la muy traidora. Porque otra cosa no, pero cuando Dana o Juliette aparecen, se olvida de su adorada dueña.

—Soy una romántica empedernida, qué le vamos a hacer. Algún día encontraré a ese príncipe azul del que Juls y tú tanto os reís, y viviré mi cuento de hadas mientras os morís de envidia.

—Mientras no sea un mendigo convertido en falso príncipe, como el lelo ese de Miguel...

—Ni me lo recuerdes —dice poniendo cara de disgusto.

La observo con cariño. Dana es una de mis mejores amigas junto con Juliette. La conozco desde el instituto y, a pesar de los años y de haber estado separadas durante la universidad, siempre hemos permanecido unidas.

Sobre las nueve, una hora más tarde de lo esperado, sueña el timbre y aparece, como una bomba explosiva, Juliette, con su largo pelo rubio recogido en una coleta alta que resalta sus facciones, ese vestido granate que ensalza su atlético cuerpo y, por supuesto, nunca sin sus inseparables tacones de infarto.

—¡Bonjour, mesdemoiselles!, ¿listas para una noche de juerga? —grita nada más entrar por la puerta—. Vaya, vaya, ¿alguien va buscando guerra esta noche? —Dana y yo ponemos los ojos en blanco—. No pongáis esa cara, muermos, que hace un mes que no salimos y ya va siendo hora.

La verdad es que llevamos una temporada monjil que no hay quien la aguante ya, pero he de reconocer que hemos estado bastante ocupadas este último mes.

—A mí no me mires, que no veo el momento de que lleguen las vacaciones. ¡Suerte que el veintitrés de junio está a la vuelta de la esquina y seré libre! —grito liberándome del estrés acumulado por el fin del curso escolar.

—Si tienes unos angelitos, te quejas de vicio —suelta Juliette mientras yo la miro con cara de pocos amigos—. Dana es la que más puede quejarse. —Y tiene razón, porque desde que abrió la Dana's Cafe and Cake, no ha parado ni un segundo.

—Trabajo el que me dais vosotras, que no venís más que a asaltar mi cafetería.

—Asaltar, dice... Lo que hacemos es contribuir a que tu negocio prospere. —Sonrío por mi ocurrencia—. Las gracias deberías darnos.

—¿Contribuir? Ya, claro, será más bien robar mis dulces, porque, que yo sepa, no pagáis ni uno, ladronzuelas —nos dice, achinando los ojos, mientras Juliette y yo sonreímos como si no hubiésemos roto un plato en nuestra vida.

El timbre suena en el momento preciso, al fin ha llegado la cena. Sirvo en los platos la comida y Dana nos prepara una copa a cada una. ¡Si es que esta chica sabe hacer de todo!

La noche comienza en el pub irlandés al que solemos acudir casi siempre y que tanto me recuerda a mi adorada Irlanda, y las copas empiezan a correr sin parar. No sé si van ya cinco o seis, pero empiezo a notar que mi cabeza no funciona con total normalidad. Me levanto para ir al lavabo, y creo que no ha sido muy buena idea.

Juls hace rato que se ha ido a mover el esqueleto a la pequeña pista improvisada y Dana charla animadamente con el camarero sobre cócteles.

Intento focalizar mis pasos, uno, dos, uno, dos. Lo estoy consiguiendo, ¡en mi mente voy dignamente recta!, aunque no estoy del todo segura de si eso es lo que sucede realmente. Justo cuando voy a llegar al baño, tropiezo y no beso el suelo de milagro. Alguien me ha agarrado de la mano y ha conseguido frenar mi caída. Me enderezo y esbozo una sonrisa, que, sinceramente, dudo que sea nada atractiva.

—Gracias —consigo articular dirigiéndome a la cabeza que tengo enfrente. Y digo cabeza porque creo que he perdido una lentilla, o las dos, no estoy muy segura, y no veo absolutamente nada.

—De nada —contesta una voz masculina bastante sexy. Vaya, hombre, para una vez que ligo y no sé si es feo o guapo. Hace falta tener mala suerte—. ¿Te encuentras bien?

Finjo mi mejor sonrisa, o, en mi tremenda melopea, yo creo que es sin duda la mejor, y asiento. Pero, poco a poco, esa

sonrisa se debe de estar convirtiendo en una mueca algo extraña y noto cómo el vómito sube desde mi estómago y empieza a borrarse todo en mi mente, como si mi propio cerebro supiese que se acerca el fin de mi vida como persona normal y da comienzo mi vida como pardilla borracha.

* * *

Y aquí estoy, doce horas después, cagándome en todo, viendo cómo este tío bueno, del que no me acuerdo ni sé absolutamente nada, está desperezándose. En un momento de lucidez, y ya es un milagro con semejante dolor de cabeza, veo la que supuestamente debe de ser la puerta, mi único escape frente a esta situación que claramente se me ha ido de las manos. Salto de la cama cual gacela, recojo mis cosas, que ni sé cómo he podido encontrarlas a la primera, y huyo.